

Capítulo VI.

Eithem se dirigió a la zona del castillo destinada a la servidumbre. A esas horas la mayoría estaría terminando sus tareas, salvo los destinados a cocinas, los camareros y limpiadores. Claro que todos debían estar disponibles a cualquier hora si era requerido.

La mayoría, los de menor rango, dormía en jergones en una habitación común, separados por sexos. Los de rango medio tenían una habitación separada que compartían con 5 ó 6 personas. Sólo unos pocos, los de rango superior, tenían el privilegio de tener su propio espacio. Ese era el caso de Keu, un paladín de su orden de rango medio.

Gracias a las indicaciones del personal del palacio, consiguió dar con su paradero. Se encontraba en una de las salas de guardia interiores con los guardias de su majestad.

Se lo llevó a parte, le entregó la carta y, tal y como le indicó Pott, le transmitió sus indicaciones. No puso ninguna objeción y partió media hora más tarde.

Llegar a la parte noble, por así decirlo, fue mucho más difícil. El palacio era de proporciones gigantescas y al salirse de su *ruta habitual* se sentía desorientado. Todos los pasillos eran muy parecidos. Preguntó a varios sirvientes que le fueron indicando el camino. Sin embargo, terminó por perderse. Tampoco le preocupaba, pues tarde o temprano encontraría a alguien que le recondujera al camino correcto.

Era un laberinto de pasillos idénticos en el que no hallaba la salida. Después de vagar sin rumbo durante un tiempo, oyó un suave tintineo. Se dirigió hacia esa dirección con alivio.

Vio al fondo del corredor a una persona que lo cruzaba. Llevaba una túnica oscura de color marrón, con una capucha que le impedía verle el rostro. Y aunque no era de muy buena educación, le gritó para llamar su atención. A pesar de sus esfuerzos no lo escuchó.

No se dio por vencido y fue en pos de él. En esa zona no había encontrado guardias ni criados, así que no iba a perder esa oportunidad. Para su sorpresa, no encontró ninguna puerta ni pasillo en ese lado. Contrariado tomó el camino más cercano, por si a caso sus ojos le hubieran engañado.

Creyó oír susurros y pasos muy cerca de allí. Pero una voz interior le decía que algo no iba bien. Sintió una corriente de aire gélido que le erizó la piel. Las llamas de las antorchas oscilaban a causa del aire y creaban extrañas sombras que le comenzaron a llenar de inquietud.

- ¡Quién anda ahí, muéstrese! – Dobló la esquina pero no había nadie.-

-¿Necesita ayuda joven?- dijo una voz cascada detrás de él. No pudo evitar sobresaltarse mientras su corazón latía velozmente.-

Al darse la vuelta encontró a una anciana algo encorvada con ropas de faena gastadas. Tenía los ojos nublados, seguramente estaba ciega. Sonreía.

-Le he dado un buen susto muchacho... lo lamento. Le oí gritar y he venido

a ver que le ocurría.

-No, no... me alegro de encontrarla. El palacio es muy grande y no consigo dar con el camino de regreso a la zona noble. He estado dando vueltas un buen rato sin resultado.

- No se preocupe... yo se lo indicaré si tiene paciencia. Mis piernas están cansadas, muchacho – Eithem asintió– y se está haciendo tarde... - La anciana le tomó del brazo – está muy lejos de sus aposentos... pero no se preocupe no tardaremos mucho –Eithem miró hacia atrás mientras se marchaban. La mujer sonrió – No tenga miedo, muchacho.

-¿De qué señora?

- De lo que pasa entre estos muros - la anciana continuó caminando como si su afirmación fuera lo más natural del mundo- a veces hay quienes lo perciben, pero no es frecuente – Eithem enmudeció.

-¿Sí? ¿Y qué sucede? – su voz sonó demasiado escéptica al pensar en la demencia senil de la pobre anciana.

- Algo se acerca... – Eithem quería preguntar pero no le dio la oportunidad – o alguien, que no es de este mundo – se soltó de su brazo y se paró en seco- Abre los ojos Eithem y ten cuidado. Por que intentará embaucarte, desviarte de tu senda y perderte en la oscuridad... he venido a avisarte y no sé si podré volverlo a hacer.

-¿Quién se acerca?

- El desterrado...

- Sabio Eithem, únase a nosotros; la cena ya ha comenzado hace rato – le dijo Orngalf, hijo del señor de Varium. Había aparecido a su lado de repente. Le observó. Estaba ebrio-.

-Sí, ahora mismo... - dijo mientras dirigía otra vez su mirada a la anciana. Sin embargo, no había rastro de ella - ¿a dónde fue la anciana?

- ¿Qué anciana? – preguntó mientras buscaba con la mirada- Sabe, sabio Eithem, lo que creo... - le pasó un brazo por encima y le estrechó con fuerza – que no soy el único que está borracho...

Cuando miró a su alrededor, se dio cuenta que estaba muy cerca del gran salón. Reconocía el lugar. Los camareros iban de aquí para allá, con jarras de vino y fuentes de carne. Se oía la música de los trovadores y la risa de los comensales. Estaba desconcertado. ¿Se estaba volviendo loco?

El noble le arrastró prácticamente al banquete. Tardó librarse del abrazo del joven ebrio. Buscó con la mirada al sacerdote que estaba en la mesa del rey. Pott se había dado cuenta de su llegada y lo observaba con algo de preocupación. Seguramente estaba pensando que algo había salido mal. Mientras se aproximaba al asiento en la mesa que le correspondía por su rango, hubo un intercambio de miradas entre ellos y se entendieron al instante. Hizo una breve reverencia a los presentes y a Bernark.

No cenó mucho, ni tampoco bebió. Tenía el estómago contraído de los nervios; No podía quitarse de la cabeza las palabras de la anciana. Una y otra vez, recordaba los pasillos, los ruidos, las sombras... Decidió marcharse pronto, antes de que la gente terminara de cenar, y continuar con la tarea que le

encomendó el monarca.

Rezar era lo que necesitaba. Sólo la diosa podría arrojar un poco de luz a su mente confundida.

Después de ese suceso, se entregó día y noche por entero al cuidado de la elfa mestiza, sin descansar apenas; pues cuando conciliaba el sueño volvía una y otra vez a perderse en los pasillos del palacio, con la inquietante sensación de que alguien le perseguía. Por ello, prefería mantener su mente ocupada en algo. No quería admitir que le había perturbado lo que ocurrió aquella noche. Sin embargo, ya no miraba los corredores vacíos de la misma manera.